

Colección de relatos

Maríe Yuset

Junto al arroyo

Dolor, demencia y desasosiego



EDICIONES GAROÉ

JUNTO AL ARROYO

MARÍE YUSET

COLECCIÓN DANZAS DE ARANFAYBO



EDICIONES GAROÉ

Junto al arroyo

© autor Maríe Yuset
© edición 2022 Ediciones Garoé
Imágenes cubierta: Evgeniya Fedorova
Imágenes autor: Jorge Torres

Impreso en España

ISBN: 978-84-125870-6-7
Depósito legal: GC 456-2022

Ediciones Garoé apoya la protección de derechos de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de derechos de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo, está respaldando a los autores y permitiendo que Ediciones Garoé continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesitase fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Garoé

Calle Repartidor, 3, 3L
35400 Arucas, Las Palmas de Gran Canaria
Tlf.: (+34) 928 581 580 Islas Canarias, España
www.edicionesgaroe.com

*A ti, Germán Vega,
sin tu apoyo jamás lo habría conseguido.
Tú eres el liberador de estas historias secuestradas en el
cajón de mi inseguridad.*

*Y a ti, Jorge, que siempre estás aquí, combatiendo junto a
mí en esta batalla, luchando contra el cielo y el infierno,
contra los demonios y los ángeles, esos que se empeñan en
diferenciarse del bien y del mal; como si tú y yo no los
conociésemos; como si tú y yo no les hubiésemos
arrebato las máscaras.*

Me deleito en lo que temo.
SHIRLEY JACKSON

ÍNDICE

PRÓLOGO
JUNTO AL ARROYO
DOS SERPIENTES
ALIENTO
EL PALMERAL GUARDA SILENCIO
MALA HIERBA
EL BAÚL, LA LISTA Y LA LLAVE
SÍ, AGUSTÍN
ALEXITIMIA
DEMENCIA
SIN RECRIMINARLE NADA
YOEL
EL CHEF NIKOLÁI
DONDE MUERDE EL PERRO
DECIMOCTAVO DÍA
LA MUJER DE BARTOLOMÉ
UNO DE LOS DOS DEBE MORIR
ÚLTIMO ALARIDO
LA FORMA
EL BILLETE
SOMBRERO CARROÑERO
CAMPOS DE TRIGO
LAS FLORES DE DAPHNES
VEDMAK
LA RUTA DE LOS FRAILES

LA VINCHUCA

PRÓLOGO

Se supone que el prólogo es esa parte de los libros que resulta más aburrida. Aquella por la que tú, lector, pasas siempre de puntillas porque, en la mayoría de los casos, su lectura no te aporta información interesante o novedosa.

Haces bien. Nada de lo que yo diga aquí podrá acercarse a la experiencia de leer los relatos de esta compilación. Si a pesar de todo, continúas leyendo, te adelanto que tienes en tus manos una obra diferente, atrevida y sorprendente.

Leer *Junto al arroyo* es apostar por sumergirse en el hiperrealismo mágico que nace de la mente y la pluma de esta brillante escritora. Cada uno de los relatos son diamantes en el barro, flores en la basura. Maríe Yuset es una experta en convertir en arte lo hediondo, lo grotesco, lo terrorífico y lo demencial.

Muchas de las historias que encontrarás entre estas páginas te producirán sentimientos encontrados: atracción y repulsa, miedo y curiosidad, tensión y paz.

El primer relato de la recopilación ya te coloca en la línea de salida, en la casilla de lo imposible, desde donde cogerás

impulso para devorar el resto de las historias con un deseo masoquista y perverso que se alimenta de la especial destreza de la autora para mantener a su presa —¿he escrito presa?— pegada a las páginas, absorta, hipnotizada y cautiva de su literatura.

Maríe Yuset tiene tendencia a profundizar en el dolor, en la demencia y en el desasosiego —que son los tres grandes bloques en los que se divide esta obra— y te hace partícipe de la lucha interna de los personajes ante sucesos traumáticos, terribles y delirantes. No hay, sin embargo, autocompasión en ellos. Es más bien una aceptación, una irónica resignación ante la realidad brutal que dibuja la escritora y que convierte cada uno de los relatos en un lienzo oscuro y tenebroso, pero también lleno de luz y de imágenes hermosas.

«¿Cómo puede atraer a alguien ese tipo de cosas?», te preguntarás. La respuesta no es sencilla. Si lo que buscas es un contenido original y emocionante, si pretendes despertar dentro de ti sentimientos dormidos o desconocidos, estás en el buen camino. *Junto al arroyo* te ofrece todo eso.

Además de crear realidades inimaginables en las que enredar tu cerebro, Maríe también se divierte inventando expresiones y palabras nuevas. En el texto, te hablará de un camino *rojopolvoriento*, de un cabello *rufianero* o de un *monturrio* de arena. Deberás permitirle esas licencias a las que te acostumbrarás sin ningún esfuerzo. No hablaríamos de Maríe Yuset si no encontráramos estos neologismos en

sus escritos. Quién sabe si alguno de ellos terminará aceptado por la RAE.

No deseo ocupar mucho más de tu precioso tiempo. Yo solo te advierto: cuando pases estas páginas, entrarás en el reino de Maríe Yuset, un reino que no conoce los límites de lo real, ni siquiera de lo humano. Estás a punto de deslizarte por un tobogán de emociones. No debes mirar hacia atrás, porque te horrorizará descubrir quién o qué se desliza detrás de ti. No debes mirar hacia abajo, ya que el final del recorrido es incierto. Solo te quedará una opción: cerrar los ojos y confiar en Maríe. Tal vez la única y la peor opción.

Yo confié en ella. Me dejé atraer por el encanto de su ritmo y me mecí en el susurro de aquellos primeros párrafos. Pero muy pronto quedé atrapado, esclavo de sus letras, como una mosca asustada y perdida en medio de la tela de araña.

Maríe Yuset avanza ahora hacia a mí. Mientras lo hace, me muestra complaciente su última creación. Y yo la espero hambriento de ese néctar agridulce y letal. La espero inmóvil, impaciente y feliz.

GERMÁN VEGA

*Los libros que el mundo llama inmorales
son libros que muestran al mundo
su propia vergüenza.*

OSCAR WILDE

DOLOR

¿Se puede romper un corazón que ha dejado de latir?

La novia cadáver

TIM BURTON

JUNTO AL ARROYO

—S í, ¿diga?

—Luis, cariño. Estoy esperándote. Tengo tantas ganas de verte... Estoy junto al arroyo, bajando la ladera. A la sombra del roble que se apaga cuando arremeten las nubes contra él...

—¿Oiga?

—Luis, soy yo. Olvidé decirte cuánto te quiero. Estoy justo donde la corriente se detiene. En la desembocadura del arroyo, ¿recuerdas? Sentada sobre la piedra musgosa y tornadiza que dejó estampados verdinegros en tus pantalones, la que si cierras un ojo y ladeas la cabeza deja de ser una piedra y parece una rana panza arriba. Es sorprendente. Aquí nos cogimos de la mano la primera vez. Aquí nos declaramos después de que me cubrieras de besos. El arroyo ahora apenas lleva agua, ¿sabes?

—Disculpe, no oigo nada. ¿Quién es?

—Soy yo, Carla, ¿me oyes? Te espero aquí, cariño, que nuestra piedra sigue siendo igual de comfortable. Recuerdo que saltábamos desde aquí cuando el caudal se desbordaba y el arroyo parecía una piscina viva y fresca. Cómo brillaba

el agua cuando caían las hojas de las hayas, cuando el roble presumía de su reflejo en el cauce detenido... Ya no. Ahora el arroyo es opaco, triste, y el vaivén del agua pastoso y lento por culpa del lodo. Pero sigue llegando hasta aquí el eco de los estudiantes en el campus; y si cierro los ojos puedo ver los dos edificios centrales, la residencia y hasta la ventana de mi habitación. También veo el parque y el camino mal iluminado que lleva a la biblioteca.

—Disculpe, voy a tener que colgar. No consigo entender nada.

—¡Oh, Luis, no! ¡No, por favor!, no cuelgues. No debí quedarme en la biblioteca hasta tan tarde. Debí escucharte, cariño. A la salida, la furgoneta ya estaba allí. Me siguió. Te juro que, en cuanto me di cuenta, comencé a correr tan deprisa como pude; pero las ruedas chirriaron y bloquearon mi huida. Primero oí el portazo del conductor. Enseguida, la puerta corredera que se abrió frente a mí. Me quedé petrificada cuando de ella salieron dos y el del portazo... El de la gorra con el águila blanca, ¿recuerdas? El tipo del diente partido al que le dijiste aquel día que dejara de mirarme... Se abalanzaron sobre mí, Luis. Quise patalear, gritar: «¡Socorro, ayúdenme! ¡Socorro!». Uno selló mi boca con sus dedos. Ahí pataleé, cariño, pataleé hasta que me quedé sin fuerzas. Otro me golpeó en el estómago. Me subieron a la furgoneta: viciado olor a hierba, alcohol pestilente, golpes, dolor, angustia. «¡Socorro, ayúdenme, socorro!». Terror, rabia, impotencia, metal en mi boca... Trago mi propia sangre. Late, quema. Acaben las manos,

acaben los cuerpos. ¡Dios, ayúdame! Que acaben sus bocas, que acaben... Acometidas, una tras otra, por turnos, un infierno de resignación, repugnancia hasta el final, palos y patadas. Creí que podría irme a casa, Luis, creí que podría volver contigo, amor. Pero corrió mi sangre bajo su ira, quedé como un bulto deshecho, un saco de boxeo viejo, rojo, desgarrado.

—Carla, por Dios, ¿eres tú? Esto va a volverme loco...

—¡Oh, sí, sí, mi amor, soy yo! No estás loco. ¡No cuelgues! ¡Gritaré más fuerte! ¿Puedes venir a por mí? ¡Ellos me dejaron aquí, en el fondo del arroyo! Hace tanto ya que las hayas han sido guillotizadas... Si te fijas, semihundido en el cauce, puede verse el resto de mi mano. Soy una silueta, soy el destello plateado... Una especie de anillo fantasmagórico sobre la rana... Igual que el arroyo, también he cambiado. Pero aquí te espero. Tengo tantas ganas de verte...

Un clic. Un final de llamada.

Una pausa. Un nuevo tono.

—Sí, ¡¡dígame, por Dios!!

—Luis, cariño. Estoy esperándote. Tengo tantas ganas de verte... Estoy junto al arroyo, bajando la ladera. A la sombra del roble que se apaga cuando arremeten las nubes contra él...

DOS SERPIENTES

Frente a mi rostro él agita la imagen.

—¿Qué ves? —me pregunta.

—¿Qué veo? —Muestro una sonrisa divertida.

Paso de la imagen a sus ojos.

De sus ojos a la imagen.

A sus ojos.

A la imagen.

La luz que alumbra desde el techo golpea contra el test de Rorschach y me devuelve el centelleo de la lámina que tanto desquicia mi dolor de cabeza.

Muestro los dientes ante los dedos que la sostiene. Manos poco afables. Irreconocibles para el resplandor del parentesco.

Temo que él note mi rabia. Temo que disfrute del temblor de las comisuras de mis labios, de la palidez de mi rostro. Siento arcadas ante la disonancia de sus palabras.

Disimulo todo y más de lo que puedo y dirijo mi atención a la alianza anclada en su dedo anular. Contemplo las arrugas de sus dedos, las uñas a ras: pulcra manicura de